

EL MALESTAR EN LA CULTURA.
NOTAS SOBRE LOS INTELLECTUALES ARGENTINOS Y EL FIN DE SIGLO

José María Casco
Universidad de Buenos Aires / Universidad de La Matanza (Argentina)
pepe_casco@yahoo.com.ar

Resumen

El presente trabajo pone el foco de atención en las condiciones políticas y culturales que hicieron posible un estado del campo intelectual, mostrando cuáles han sido algunas de las notas salientes del debate intelectual sobre la política en los últimos veinte años.

Palabras clave: intelectuales - campo cultural - política

Estas notas nacieron de la perplejidad. Producto de acercar la mirada al campo cultural prestando atención a las intervenciones intelectuales sobre los avatares de la política. En efecto, para las representaciones habituales, la palabra del intelectual supone la riqueza de los discursos por el alto contenido de los enunciados, argumentos fuertes y explicaciones convincentes y, en última instancia, una mirada aguda sobre la realidad, si no nos colocamos en esa perspectiva, la perplejidad, revisando las intervenciones de los últimos años, no podría ser menor. Y si a eso le sumamos que en nuestro país hemos tenido una discusión rica en planteos desde distintos espacios por la fuerza con que algunas figuras consagradas nos han acostumbrado al debate durante varias décadas, la recopilación de las querellas intelectuales de los últimos años nos muestra un panorama inédito y desolador.

De ahí que estas notas intenten, desde un somero recorrido por los últimos veinte años, colocar el foco de atención en algunos hechos significativos que podrían ayudar a comprender, de manera mínima, por qué la pobreza a la que aludimos se transformó en una de las características del campo intelectual. Esa pretensión nace de la no conformidad de establecer juicios apresurados y descalificadores sin más, sobre los actores que han animado el debate de los últimos años

1. La vuelta de la democracia

La recuperación de las instituciones democráticas y el Estado de derecho supuso, entre otras cosas, una revitalización de los espacios del mundo cultural argentino que habían estado censurados por la dictadura. Esa recuperación hizo posible que en los primeros años de la década del 80 florecieran con vitalidad distintas instituciones culturales. Uno de los elementos centrales que hizo posible ese proceso fue la llegada al país de muchos exiliados que en su vuelta se incorporaron a las universidades y distintos espacios culturales, y desde allí dieron forma a diferentes órganos de producción cultural. Diversas iniciativas, muchas de ellas que ya venían tomando forma desde la última etapa de la dictadura, se plasmaron al calor de la euforia democrática y así, el teatro, el cine y las revistas culturales tuvieron un nuevo impulso que, retomando una vieja tradición en el país, conformó un mapa cultural amplio y complejo.

Por otro lado, esos años hicieron posible lo que poco antes parecía una cuestión imposible de asociar: la relación estrecha entre el campo político y el campo intelectual, producto de un vínculo histórico lleno de tensiones, que se traducía de manera concreta en un distanciamiento. En efecto, ahora, a diferencia de lo que había sucedido durante todo el siglo veinte, los dos partidos políticos más populares de la Argentina, en un afán por darle aires de renovación a sus estructuras tradicionales, crearon canales de acercamiento con diferentes círculos de intelectuales. Así, miembros del recién creado club de Cultura Socialista, tuvieron acercamiento tanto al Partido Socialista como a la Unión Cívica Radical. Por su parte, lo que se conoció como el Peronismo Renovador que animaba Antonio Cafiero, tuvo una estrecha relación con la revista Unidos en la que participaron intelectuales que buscaban dar cuenta de una nueva síntesis política para conformar la renovación del peronismo.

En otros casos, el contacto con las estructuras partidarias no fue explícito, pero la preocupación por la democracia invadió a casi todos los intelectuales por igual. Así fue como el presidente del primer gobierno democrático, Raúl Alfonsín, conformó un grupo de asesores ad hoc integrado por un grupo de intelectuales (entre los que se contaban algunos del club de Cultura Socialista) que habían tenido una actuación significativa como ideólogos del arco conformado por la Nueva Izquierda de los años sesenta, devenidos ahora en propulsores de una salida democrática como respuesta a la dictadura Argentina.

Esa aproximación entre políticos e intelectuales de enorme valor histórico por su originalidad, término junto con la caída del gobierno de Alfonsín y los sueños de fundar una democracia fuerte, estable y renovada, perecieron bajo las llamas del caos de la

hiperinflación. Se cerraba el período de la transición, primer ciclo de la refundación democrática.

A fines de 1989, junto con el cambio de gobierno y bajo un severo diagnóstico de cómo se resolvía la economía y la cuestión social, hacía su entrada de manera todavía tímida, pero penetrante, el pensamiento neoliberal de la mano del peronismo. En efecto, el movimiento de masas más significativo de la Argentina, encarnado en la figura de un caudillo de provincia consumó el programa de los ideólogos de derecha, basado en la apertura económica y un programa de privatizaciones, que la dictadura no supo completar.

Si bien en los primeros dos años de gestión del gobierno de Carlos Menem sólo se vieron balbuceos de ese programa, hacia 1992, la alianza con los sectores que lo encarnarían ya estaba consumada. De ahí en adelante, el gobierno avanzó en un plan de reformas que cambiaría por completo el mapa estructural de la Argentina.

Al mismo tiempo, este cambio de escenario, para los intelectuales renovadores y progresistas, significó una doble frustración. Por un lado, como ya señalamos, la derrota del primer experimento de refundación democrática con chances claras de hacer realidad sus anhelos reformistas se perdió en el olvido y la frustración. Por otro, ese nuevo rumbo que el ejecutivo le imprimía al país, hizo posible que en la escena política hicieran su entrada nuevos actores que portaban un saber de tipo tecnocrático que con su mirada fuertemente economicista desplazaban a la figura del intelectual del lugar central que había detentado en el pasado, para poder consumir las premisas del dogma neoliberal. En efecto, basándose en un diagnóstico que afirmaba que el gran problema del país era el sostenimiento de la economía del anterior gobierno basado en un peso desmedido del Estado sobre la actividad económica, técnicos y expertos conformaron la avanzada espiritual que dio sustento a las reformas de la década.

Así, un ejército heterogéneo de actores con una impronta racionalizadora, que fomentaron ese clima de ideas imperante, desbarataron con éxito los avances institucionales del progresismo democrático.

Estos cambios también marcaron un desplazamiento en la agenda del propio campo intelectual. Reemplazaron al debate político por la economía, e instalaron, como voces autorizadas para ese debate, a viejas y nuevas franjas del universo del saber económico que se legitimaron como los portadores de un discurso de verdad sustentado en una supuesta neutralidad axiológica que portaba la ciencia económica y por ello los capacitaba para proveer las urgentes soluciones que el momento requería.

En ese escenario, los medios de comunicación de masas convocaron a economistas de toda laya a la hora de pensar las soluciones para los problemas del país, al mismo tiempo, casi desaparecieron de la escena pública los viejos intelectuales que desde siempre habían sido los agentes privilegiados de la reflexión sobre la política y la cuestión social. Fue el momento de la decepción para los intelectuales, pero también de la bronca y el desconcierto.

2. Los medios

Entre los muchos cambios que la década del noventa introdujo, el de la privatización de los medios de comunicación junto a una explosión informativa producto de la llegada de la televisión por cable, quizás sea uno de los más relevantes para el tema que estamos tratando. En efecto, ese fenómeno hizo posible la multiplicación de la oferta de programas, entre ellos, los periodísticos de perfil político, dando inicio a lo que un filósofo italiano llamó la era de la video-política (1). Así, el *ágora* dejó de ser la vieja y tradicional plaza pública, y en su lugar la televisión hizo las veces de tribuna para el debate político.

Esta situación fue de lo más incómoda para los intelectuales, las reglas de la TV, en efecto, enmarcadas en la lógica del tiempo rápido de acuerdo con los imperativos del mercado, mutiló más de una intervención, haciendo que muchos intelectuales decidieran directamente desechar las invitaciones de exponer sus ideas en la pantalla. Además no sólo Sartori, el filósofo italiano señalado más arriba, afirmaba que la televisión sólo podía ofrecer un espacio para el entretenimiento y no un lugar para la reflexión, también Pierre Bourdieu al final de los años 90, podía aseverar un juicio similar, a saber, que el campo periodístico televisivo no podía bajo ninguna forma contener espacio para el pensamiento y el debate intelectual (2).

Otros intelectuales con un poco más de tolerancia, no sin incomodidad, se adecuaron a la lógica que les imponían los conductores. Este cambio provocó un profundo malestar que se hizo público cuando algunas figuras de la cultura a través de notas en diarios de gran tirada, y artículos en revistas culturales, describieron en forma vehemente que la TV sólo ofrecía un simulacro de la política (3).

Más allá de las apreciaciones individuales el espacio de actuación para los intelectuales, a todas luces se veía cercenado.

3. La salida del vendaval neoliberal

Sólo hacia el final de la década del noventa apareció en la escena política nacional lo que se visualizaba como la alternativa al aluvión que significó el menemismo con las reformas que estamos reseñando. La coalición política conformada por la Alianza entre la UCR y el FREPASO.

Aun cuando muchos intelectuales tuvieran grandes reservas acerca de lo que esa articulación pudiera llevar a cabo efectivamente,

la Alianza fue vista por el espacio progresista como el camino para salir de la encerrona política luego de la hegemónica década neoliberal. Así, muchos intelectuales pusieron manos a la obra en esa empresa. Nombres como Beatriz Sarlo y Juan Carlos Portantiero fueron de la partida. Pero, la entrada de Domingo Cavallo al Ministerio de Economía primero, y la renuncia del vicepresidente Álvarez, después, hicieron poco a poco naufragar al gobierno de la Alianza.

El estallido de diciembre del 2001, a tres años de haber comenzado el gobierno, cerró definitivamente el ciclo de la Alianza. Luego de una serie de equívocos, la caída del gobierno de De La Rúa coronó el fracaso de la primera experiencia de un gobierno de coalición en Argentina, esa experiencia era vista como promisoría por muchos intelectuales, porque desde algunos sectores del pensamiento esa forma de gobierno podía poner en marcha una forma política que diera soluciones, debido a la creciente complejidad de actores sociales que los gobiernos debían representar. Pero una vez más, la decepción se apoderó de grandes franjas intelectuales.

Y lo que es más importante para nosotros es que esa caída estrepitosa de la Alianza, dejó aún más desnudo al espacio del pensamiento y la producción cultural enrolado en las ideas progresistas. En efecto, si bien esos intelectuales hacía ya largo tiempo que habían dejado de tener certezas teóricas como guías para la reflexión política, producto de la derrota de los proyectos revolucionarios latinoamericanos que encarnaba la “nueva Izquierda” de los años sesenta, primero, y la llamada “crisis del marxismo” que inundó el campo intelectual socialista de los países latinos de Europa, después, pero que aquí se recepcionó de manera contundente producto de la llegada en los años setenta del autoritarismo (4). Con el fracaso de la experiencia de La Alianza, nuevamente, sus proyectos se veían desbaratados y sin carnadura. Estos acontecimientos significaron un hecho por demás significativo, porque, en efecto, no debería olvidarse que sin proyecto y actores políticos que lo encarnen, la reflexión intelectual está condenada al vacío.

4. El debate intelectual

La representación del papel intelectual supone, lo que algunos llaman la obsesión de la continua presencia (5). Esta presencia permanente hace que el intelectual esté obligado a intervenir acerca de las cuestiones más urgentes que ocurren en su sociedad de manera casi inexorable, así, todo intelectual que se precie de tal, es convocado para dar su opinión sobre las grandes cuestiones que aquejan al país. Pero sucede que no siempre se tiene algo para decir sobre el momento, o que uno no se encuentra bien preparado para dar opinión sobre algunos temas. Esto debido a varias razones que van desde cambios rápidos que tardan un tiempo en ser bien asimilados, hasta las sorpresas que depara la innovación social. En efecto, hablar sobre la coyuntura en sociedades complejas es una tarea por demás difícil.

En ese sentido, esas intervenciones, pueden caer en ciertas banalidades o en el liso y llano exabrupto.

Mucho de eso parece haber ocurrido en estos tiempos en el debate intelectual. Ya hemos señalado que la televisión impuso una especie de pensamiento rápido que se lleva mal con los tiempos de la reflexión. Si a eso le sumamos el descalabro que experimentó el espacio progresista y la avanzada neoliberal, tendremos un panorama más o menos ajustado del escenario en el que se desarrollaron dichos debates.

En la discusión en torno de las grandes cuestiones políticas, la corrupción, en los años noventa, fue colocada como uno de los temas de la agenda pública desde todas las posiciones contrarias al menemismo. No hubo medio ni debate que se precie, que no haya abordado el tópico. Desde los jóvenes y brillantes periodistas que aparecieron en escena en la década, hasta el prestigioso escritor David Viñas, muchos fueron los que le dedicaron su atención. En el caso de Viñas, fue notable cómo en muchas de sus apariciones públicas las referencias a las mafias enquistadas en el gobierno o en las altas esferas del poder, fueron un lugar recurrente en sus discursos. Y eso no sería un problema si esa referencia hubiese sido una forma de entrada para abordar algún tema de la política de modo estructural. Pero resultó por el contrario, que en concordancia con el clima del momento, la corrupción fue *el* tema que marcó el tono del debate de la política nacional. De pronto ese parecía el mal que aquejaba a la Argentina. No aparecían allí consecuencias sociales más amplias sobre los cambios que se llevaban a cabo, tampoco relaciones que dieran cuenta de fenómenos estructurales. Todo pareció resumirse en que el menemismo, y el país al que representaba, eran corruptos. De ahí a la coima cotidiana amplificada por los medios de comunicación hubo un paso.

Si en los años ochenta algunos buscaban al enano fascista que todos llevamos dentro, ahora se buscaban las formas que daban cuenta de que todos por igual formábamos parte de un sistema corrupto. Así, en el espacio progresista tanto políticos como intelectuales dieron forma a un tipo de debate sobre los problemas del país donde la cuestión central se resumía en el tema de la corrupción.

Así, muchos intelectuales asumieron una clásica toma de posición de tono moral frente a los problemas del período. Otro tipo de intervención que se derivó del anterior dio forma a lo que algunos llaman una “estética de la denuncia” (6). Aquí, los periodistas televisivos fueron a la vanguardia y colocaron el escenario propicio para el desarrollo de esas formas estéticas. Desde Jorge

Lanata, catalogado como uno de los mejores periodistas de investigación, pasando por las revistas semanales sobre política, hasta llegar a los frondosos libros sobre personajes de la política y el llamado establishment, todo un amplio espectro que controlaba posiciones en los medios, denunciaba todo tipo de negociados, delitos, mayores o menores, conformando una oferta amplia para quien quisiera comprobar que el país había caído en la inmoralidad y la corrupción.

En momentos en que el matutino Página 12 se convertía en el *boom* periodístico de la década, Horacio Verbistky, quizás su periodista más prestigioso, encarnaba la figura emblemática en los medios gráficos de este tipo de intervenciones. En efecto, en sus columnas dominicales uno podía encontrar listados de personajes de toda laya, pero, sobre todo, políticos, que conformaban una genealogía del delito. Así, todo aquel que tenía un conocido lejano en el elenco gobernante o de miembros de la dictadura militar, era vinculado por elevación a algún acto sospechoso. Si alguien había tenido un encuentro casual con algún personaje de los que se denunciaban, ya eso bastaba para tender un manto de duda sobre cualquier distraído.

Un tercer tipo de intervención lo caracterizaron aquellos que apelaron a la descalificación lisa y llana, del interlocutor de turno, la más de las veces en muy malos términos. Aquí fueron emblemáticas varias peleas, un ejemplo de ellas, lo protagonizaron Andrés Rivera y el historiador Norberto Galasso. Cuando el primero trató sin medias tintas de fascista a Galasso por su posición de historiador nacionalista, la acusación fue tan virulenta que provocó una reacción inmediata en muchas franjas de la cultura y los organismos de derechos humanos, que se expresaron en una solicitada de repudio a los dichos del escritor (7). En otros casos, las actitudes como la de Beatriz Sarlo de escribir en la revista Viva del diario Clarín, fueron tomadas como malos atributos de su persona y eso sirvió para descalificarla intelectualmente.

También Eduardo Pavlosky y León Rozitchner han tenido intervenciones en donde en muchos casos el otro al que se aludía era simplemente descalificado, no mediaban allí argumentos que combatieran posiciones de ningún tipo, simplemente se descalificaba sin explicar muy bien por qué. En los dos casos haciendo referencias a pensadores de la derecha neoliberal.

Los ejemplos podrían multiplicarse de forma casi infinita, pero no quisiéramos aburrir más al lector. Porque, en definitiva, de lo que se trata es de llamar la atención sobre el estado de cosas que funcionan en el campo. Digamos al pasar solamente que en muchos casos las descalificaciones también estuvieron precedidas de una perplejidad frente a algunas innovaciones que fueron apareciendo en el mundo de la política y en el mundo cultural. Concretamente nos referimos a que frente a nuevas formas del arte, por ejemplo, que actuaron como gestos de ruptura, las ortodoxias del caso sólo apelaron a la descalificación de esas nuevas formas. Jóvenes escritores y artistas plásticos que como forma de expresión apelaban a atacar a la tradición, eran vistos por actores tradicionales de su campo, como frívolos, poco formados o posmodernos usando ese concepto en forma despectiva, por supuesto.

Así, en los últimos años, y en parte por las razones que hemos desarrollado, la falta de ideas fue la nota saliente de muchas intervenciones.

Hemos asistido a la trivialización del debate de una forma cada vez más pronunciada a través de viejos y nuevos protagonistas. No se encuentran registros de un debate de ideas importante como cuando en otros tiempos, que hoy parecen siglos, distintas alternativas ideológicas confrontaban por imponer una visión del mundo o del futuro.

Pero, claro, no debería dejar de tomarse en cuenta, como señalamos al principio, que el papel del intelectual supone intervenir públicamente sobre las grandes cuestiones del país, pero, cuando no hay demasiados insumos para esa reflexión, esos debates pueden ser una muestra de la crisis por la que atraviesa la sociedad. En ese sentido, no debe dejar de apuntarse que a las condiciones políticas e ideológicas que ya señalamos, habría que agregarle las transformaciones que el mundo de la cultura ha sufrido en los últimos años.

Zigmunt Bauman, en el que quizás sea uno de sus mejores libros, en 1995 se refería a la caída del legislador con relación a la crisis del papel del intelectual. Allí, el autor anotaba, entre otras cosas, cómo un mundo que aparecía fuertemente fragmentado y cada vez más mercantilizado, tendía a la disociación entre producción social y producción de sentido. Al mismo tiempo, ese mundo que cambiaba vertiginosamente, había hecho posible que en los últimos treinta años se asistiera a una gran democratización de la información y la cultura, proceso que dificultaba de modo notable el rol del intelectual que anunciaba desde su posición privilegiada respecto del saber para dónde caminaban las sociedades. De ahí que hoy, ese papel tiene muchos obstáculos para desempeñarse por las razones que señalamos, pero además porque en la avanzada al centro de la escena mundial de los expertos, la política, entendida como las grandes cuestiones de la vida en sociedad, ha sido reducida a un problema de gestión y eficiencia, a la pura administración técnica de las cuestiones sociales.

Por otro lado los particularismos producto de la fragmentación antes mencionada, tienden a remplazan a los sentidos universalistas que son la marca de los tiempos modernos y de la que su guardián máspreciado era siempre el intelectual.

Parece claro que en los últimos años estamos asistiendo a un momento de gran desconcierto. Un momento de desconcierto pero también de perplejidad. Perplejidad y desconcierto frente a un mundo que parece terminar y del que estábamos acostumbrados a representarnos en nuestra vida habitual, pero donde si bien algo termina, todavía no se visualizan claramente los signos de lo nuevo, de lo que remplazaría a eso que no termina de morir. No otra cosa parece indicar frases como el fin de la política, el fin de los grandes relatos, etc. Aun cuando pueda aducirse que esas afirmaciones son exageradas, no pueden dejar de ponderarse las señales de un mundo en crisis que se manifiesta en todas las esferas de la vida social. Eso genera lo que el gran analista cultural Raymond Williams llama una particular “estructura del sentir” que en este caso parece estar caracterizada por un creciente malestar producto de un cambio de época y la poco clara visibilidad de nuevos horizontes.

Notas

- 1 SARTORI Giovanni. Homo Videns. La sociedad teledirigida, Barcelona, Taurus, 1988.
- 2 BOURDIE Pierre. Sobre la televisión, Buenos Aires, anagrama, 2005.
- 3 SARLO Beatriz. Escenas de la vida posmoderna, Buenos Aires, Seix Barral, 2004.
- 4 Sobre el modo en que la crisis del marxismo impactó en el campo cultural argentino véase: LESGART Cecilia. Usos sobre la transición democrática. Rosario, Homo Sapiens, 2003. BURGOS Raúl. Los gramscianos argentinos, Siglo XXI, 2004. Entre otros.
- 5 SIDICARO Ricardo. Los intelectuales, los científicos sociales y las acciones políticas de los sectores populares, en: Apuntes de investigación del CECYP, Nº 4, Buenos Aires, 1999.
- 6 CAPARRÓS Martín. Entrevista en: Qué es la izquierda. Javier Trimboli Compilador, Manatíal, Buenos Aires, 1997.
- 7 El ataque de Andrés Rivera se produjo en una entrevista que le hiciera la revista Sudestada en su número 33. La respuesta de repudio salió en forma de solicitada un mes después en Página 12.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Fliisich, Ángel. El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina, En: *Crítica y Utopía*, 8, Buenos Aires, 1981. pp. 33-39.
- Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H. C. F. (Eds.). *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Santa Fe, Politeia, 2003.
- Landi, Oscar. Cultura política en la transición a la democracia, En: *Crítica y Utopía*. 10/11, Buenos Aires, 1988. pp. 20-32.
- Lechner, Norbert. De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América del Sur., En: *La Ciudad Futura*, 2, Buenos Aires, 1986. pp. 33-36.
- Lesgart, Cecilia. *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Santa Fe, Politeia, 2003.
- Patiño, Roxana (s/f). Culturas en transición. Reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta. Disponible en: [http:// w.w.w.iacd.oas.org](http://w.w.w.iacd.oas.org)
- Portantiero, Juan Carlos y Nun, José. *Ensayos sobre la transición democrática*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- Portantiero, Juan Carlos, *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Trimboli, Javier, *La izquierda en Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000.